

españoles pónense en ávido, fervoroso contacto lectivo con buena parte de la producción literaria europea y con otra, considerablemente menor, de la filosófica...; esos jóvenes inteligentes, sensibles, deseosos de vida eficaz y egregia terminaron con frecuencia apartándose espiritualmente —externamente también—, si el medio político y social lo permite, de la ortodoxia católica». ¹⁷ A continuación, con frases escuetas y acertadas, define la postura religiosa que caracteriza a cada uno de los hombres del grupo. Unamuno perpetuó «agonista y agonizante» en torno al problema de la inmortalidad, «cristiano dolorido y antidogmático». Azorín, «en el que a pesar de que escribió páginas de acerba crítica sobre la situación del catolicismo español... parece entreverse en su alma un deísmo sentimental y adogmático, un esteticismo religioso lleno de respeto por lo esencial del cristianismo y gustador de todo lo que el cristianismo tiene de bello, de consolador, de amoroso». Baroja con su «incontinencia anticlerical y anticatólica, abiertamente brutal y blasfematoria» pero en el que quizás «¿deberíamos pensar que late en el alma de éste, consecutiva a una verdadera crisis religiosa y bajo la espesa costra del anticlericalismo, cierta religiosidad vaga, un deísmo de tinte unamuniano?» Antonio Machado «agnóstico y jacobino, enemigo declarado de dogmas y ritos pero con honda preocupación religiosa, siempre buscando a Dios entre la niebla». Y el esperpéntico Valle estrafalario y figurón, «feo, católico y sentimental», que declara abiertamente «Yo creo que he estado siempre a bien con Jesucristo». Acaba el profesor Laín con un párrafo que da la tónica de su pensamiento: «Cualquiera que cada uno haya sido, a ninguno de ellos ha vedado la observancia de una vida honesta, sobria y limpia, así en el ámbito privado como en el público. Quede expresa constancia en este libro que sólo bajo el imperativo de la verdad y del amor se mueve». ¹⁸ Y verdad es que los hombres del 98 tuvieron problemas religiosos algunos de ellos —véase Unamuno—, vivos y acuciantes, que de manera decisiva influyeron en su vida y en su creación. Al final del capítulo, se aborda un tema en extremo interesante e intrínsecamente ligado al pensamiento de los noventayochistas: el conflicto entre razón y fe, entre razón y vida, que aflige a los hombres de la Generación y que constituye el meollo de su pensamiento. Laín aporta una serie de textos con los que apoya su tesis de que «para todos ellos la vida es superior e irreductible a la razón, el sentimiento superior a la lógica, la sinceridad más valiosa que la consecuencia». ¹⁹ Totalmente de acuerdo con él, quizás hoy podríamos añadir algo sobre el tema que ayudaría a esclarecerlo. Creo que nos encontramos ante los primeros brotes de existencialismo dentro del pensamiento español. Esta idea del ser existencial debió llegarles a través de las lecturas europeas que hemos mencionado, y en especial, de Schopenhauer, Kirkegaard y Heidegger, antes de que Sartre y Gabriel Marcel las hicieran asequibles al gran público en sus libros, artículos de divulgación y teatro. Con esto no quiero decir que sea el existencialismo la doctrina que preside el pensamiento del 98, pero sí que las ideas en las que ésta se basa, están, hasta cierto punto, expuestas y defendidas en el discurso y la meditación de nuestros hombres. A mi entender, la filosofía de Unamuno, Ganivet, Baroja y Ma-

¹⁷ Laín Entralgo, *Pedro*, La Generación del 98. Primera edición, p. 124.

¹⁸ *Ibidem*, p. 131.

¹⁹ *Ibidem*, p. 133.

chado entronca con el existencialismo, aunque no se trate de un entronque de maestro a discípulo, sino más bien de la asimilación de ciertas ideas de los existencialistas alemanes. Ser es lo importante, y todo está en el hombre, piensan los del 98, y este pensamiento es, en lo esencial, existencialista, aunque no se someta de lleno al sistema filosófico que rige la nueva doctrina. *San Manuel Bueno, mártir*, el cura unamuniano amante sobre todas las cosas de la vida, el Andrés Hurtado barojiano de *El árbol de la ciencia* —afán de vivir llevado hasta el suicidio— y algunos poemas de Machado, tan conocidos como el de «Caminante no hay camino / se hace camino al andar», y su idea de la «otredad» son ejemplos claros de lo expuesto. Laín termina el párrafo antes citado, así: «Cuántas palabras expresan la actividad no racional de la vida humana, pasión, voluntad, sentimiento, sensibilidad inefable, se hallan estampadas con rara frecuencia en las páginas de los escritores del grupo». Quisiera dejar constancia de que se trata, según mi parecer, de un existencialismo «sui generis» a la española o españolizado, como españolizados fueron todos los «ismos» procedentes de centroeuropa, desde Erasmo hasta Krause.

La crítica desde el corazón

Al referirse a las distintas actitudes tomadas por los hombres del 98 frente a su «reición estrenada España», escribe Laín, «todos comienzan negativamente por una violenta repulsa de la vida histórica española entonces en curso». ²⁰ Una serie de razones, «sensibilidad aguda», «ensueños adolescentes», «contactos provincianos con la vida histórica española», «la experiencia de Madrid», a donde pronto llegan, «determinan en todos ellos una irritada disconformidad con la situación de España que contemplan y conviven». Ahora bien, ¿qué clase de crítica es la que ofrecen estos escritores?

He titulado este apartado «La crítica desde el corazón». Laín la titula «Amor amargo». Son conceptos similares con apenas alguna diferencia de matiz. Yo no veo a los hombres del 98 amargados, aunque sí pesimistas. Laín ofrece una justificación de su adjetivo; «los mozos del 98 critican con literaria ferocidad la vida española circunstante, pero esa crítica feroz —el adjetivo es del propio Azorín— tiene como supuesto su entrañable amor a España». ¿Y cómo es posible criticar ferozmente algo que se ama entrañablemente? La contradicción se torna veraz si pensamos que no critican la España que aman y con la que sueñan, sino la que tienen y con la que no están conformes. Escribe Laín: «Amaban a una España distinta de la que contemplaban; amaban a España porque no les gustaba la que veían, movidos por una evidente y utópica “voluntad de perfección”». ²¹ La hubieran amado de todos modos aunque está claro que el desencuentro con la España que les tocó en suerte actuó como revulsivo para declararle su amor traducido en una crítica que emanaba del corazón y que dejaba traslucir el anhelo de una patria, utópica o no, pero mejor que la que contemplaban. En realidad, amaban la España de siempre, que para ellos, y en el fondo para todos los españoles, era

²⁰ *Ibidem*, p. 164.

²¹ *Ibidem*, p. 165.

la España pretérita, mas aún viva, que conocían a través de su Historia; ante la realidad totalmente distinta sólo quedaba la crítica enamorada. Patriotas y no «patrioterros», su patriotismo les llevaba a la crítica constructiva. Porque no sólo amaban a España, sino que la necesitaban. Todo ser humano necesita una patria, aunque no como la concibieron los «patrioterros» de siempre. Tampoco es suficiente el anticipo de una patria ultraterrestre. No. Hace falta una patria en la que el suelo, el trabajo, los amigos, las diversiones y el espacio espiritual confluyan en un todo natural y organizado, en una especie de cosmos propio. Y esto es lo que no encontraron los del 98 en la tierra en donde vieron la luz. A crearlo dedicaron sus más denodados esfuerzos. La disconformidad que siente el verdadero patriota ante la España «ajena» está causada por el amor que alberga en su corazón por la España propia. Así, en el caso de los noventayochistas, la causa de la crítica de la España heredada no es otra que el amor por la España deseada. Al fin y al cabo, siempre amor a España. Cita Laín Entralgo a través de Azorín: «Lo que los escritores de 1898 querían era, no un patriotismo bullanguero y aparatoso, sino serio, digno, sólido, perdurable. A ese patriotismo se llega por el conocimiento minucioso de España». ²² Quedan marcadas las diferencias entre el patriota y el «patrioterro», que tanto abundaba entre los españoles contemporáneos del desastre.

Con esta idea comulgan todos los hombres del 98. Pío Baroja la resume con claridad y justicia: «la verdad nacional calentada por el deseo del bien y por la simpatía». Todos sus compañeros de generación exponen juicios semejantes, con lo que el parecido generacional es extremo. No dice Laín, y no sé por qué, algo decisivo que contribuiría al trazado de este parecido de forma relevante, y es que los hombres del 98, después de la amorosa crítica, no ofrecen soluciones a los males que aquejan a la patria. Aquellos hombres valientes, nobles y decididos, no dieron casi nunca el remedio tan deseado. Quizás no lo tenían. Ahora bien, guiados por la tripleta, patria, amor, verdad, fueron señalando con visión certera todos los defectos y las sinrazones que poblaban el alma de sus coetáneos, para cuya erradicación no creyeron que fuera suficiente la consigna política o la reforma socio-económica. Y así, guiados por el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza, se limitan a difundir una serie de normas de conducta que atañen a las distintas facetas que conforman el ser humano con lo que esperan convertir al español en un auténtico patriota. «Los que sepan escuchar que escuchen, los que no, es inútil hablarles.» En esta crítica constructiva y peculiar, hecha con amor y fe, va implícita para mí la única solución efectiva. Dadas las premisas, el lector, copartícipe en la empresa, deberá sacar la conclusión que ha de llevarle a colaborar en la gran labor propuesta. En esta opinión abundan los que desde fuera, con mayor perspectiva, ven las cosas más objetivamente, y creen, al igual que el que esto escribe, que la semilla está germinando y el árbol dará fruto.

El peso de la historia

Dentro del capítulo VI, el profesor Laín insiste de nuevo en lo que la Historia representó para el 98, haciendo una extensa y profunda investigación sobre su «historicis-

²² *Ibidem*, 166.

mo». Creo que, en verdad, constituye parte esencial del libro, no en balde es historiador el estudioso, y apenas necesita comentario alguno. Me limitaré a destacar lo que creo es esencial en el estudio. Dice Laín que Unamuno, después de analizar en esencia la historia del XVI español: la mística y la castellanización, ante la disyuntiva histórica hispánica que se le ofrece, hace entrega al lector de tres soluciones: Primera, «quedar dentro del caparazón castizo y plasmar artística y figurativamente (toda acción exterior era imposible) la visión del mundo propia de nuestro casticismo histórico». Segunda, «una entrega rendida al modo de ser europeo y moderno que prevaleció en Europa después de la derrota española». Esto se había ensayado ya en el siglo XVIII sin éxito y creo que también ahora el fracaso hubiera coronado el intento. Tercera, «intentar, heroica y desesperadamente, la creación de una forma de vida en la que “nuestra casta íntima” rompiendo con el “casticismo histórico” que como consecuencia de su propia acción la envolvía, y absorbiendo lo bueno de este casticismo, fuese tan fiel a sí misma como a la Humanidad universal y eterna». Poco más o menos, como escribe Laín, lo que habían intentado la mística y el humanismo del XVI español, cuyo máximo exponente vio Unamuno en Don Quijote, a quien quiere resucitar para que en una tercera y necesaria salida, cabalgue de nuevo, al frente de los españoles, a la conquista de los dorados y «posibles» ideales. Es cierto que al llegar a 1898, Misticismo, Humanismo y Quijotismo habían fracasado, por lo menos circunstancial y aparentemente. Yo aventuraría la idea de que después de los siglos dorados, sólo al llegar a las postrimerías del XIX, cuando se toca fondo, empiezan los españoles, instigados por los del 98, a dar señales de nueva vida, a darse cuenta de la importancia del fracaso que nos llevó al desastre. También es verdad que cuando se alcanza la cima sólo queda el descenso, pero no lo es menos que al llegar a la cima no se puede más que ascender o morir. Los del 98 español, ya en la más profunda, se decidieron por la primera opción e iniciaron, a su manera, el ascenso. Habla Laín: «Estos tres puntos dan la tónica y resumen del ofrecimiento que a los españoles nos hicieron los escritores españoles, con mayor o menor profundidad, extensión o acierto, pero siempre dentro de las coordenadas unamunianas».²³ No se contente el lector con este escaso comentario y acuda a la fuente con la seguridad de que el poderoso manantial saciará su sed. Terminada la lectura del estudio, se puede afirmar con absoluta certeza que los del 98 fueron esencialmente historicistas.

El español

Aclarado el concepto que de España y su historia tiene el 98, el autor se encara con el arduo cometido de entregar a quien le lee la visión que tuvieron aquellos hombres del hombre español. Será el casticismo lo que les guíe en la elaboración de este concepto. Veamos. Todos los escritores del 98, dije antes, sostienen expresa o tácitamente la peculiaridad nativa del «hombre español». Creen en Dios y en su misteriosa providencia sobre el destino del hombre; exigen su libertad política, pero afirman también la especificidad natural y nativa de los españoles. ¿Cómo? He aquí «la almendra» de la cues-

²³ *Ibíd.*, p. 246.